

De parte de la princesa muerta

Kenizé Mourad

De parte de la princesa muerta

Traducción de Mauricio Wacquez


ESPASA

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *De la part de la princesse morte*

© 1987, Éditions Robert Laffont, S. A., París

© 1987, 2010, Kenizé Mourad

© 2000, Grup Editorial 62, S. L. U., El Aleph Editores

© 1988, 2000, Traducción: herederos de Mauricio Wacquez,

© 2010, 2012, Espasa Libros, S. L. U.– Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial BOOKET ^{M.R.}

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: www.masgrafica.com

Primera edición impresa en España en Booket: octubre de 2012

ISBN: 978-84-670-0830-2

Primera edición impresa en México en Booket: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7295-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

—¡El tío Hamid ha muerto! ¡El tío Hamid ha muerto!

En el vestíbulo de mármol blanco del palacio de Ortakoy, iluminado por candelabros de cristal, una niña corre: quiere ser la primera en anunciar la buena nueva a su mamá.

En su prisa ha estado a punto de derribar a dos damas de edad, cuyos tocados —diademas de piedras preciosas adornadas con penachos de plumas— atestiguan fortuna y rango.

—¡Qué insolente! —exclama indignada una de ellas, mientras su compañera añade furiosa:

—¿Cómo podría ser de otra manera? La sultana* la mimaba demasiado: es su única hija. Por cierto, es preciosa, pero temo que más tarde tenga problemas con su marido... Debería aprender a comportarse: a los siete años ya no se es una niña, sobre todo cuando se es princesa.

Lejos de inquietarse por las quejas de un hipotético marido, la niña sigue corriendo. Finalmente llega sin aliento a la puerta maciza de los apartamentos de las mujeres, el *haremlik*,** custodiado por dos eunucos sudaneses tocados

* Sultana: princesa de sangre real, hija del sultán. Las esposas son llamadas «cadinás».

** *Haremlik*: harén habitado por una sola esposa y sus sirvientes.

con fez escarlata. Hoy hay pocas visitas y se han sentado para conversar con más comodidad. Al ver a la «pequeña sultana», se levantan precipitadamente, entreabriendo la puertecilla de bronce y saludándola con tanto más respeto cuanto temen que ella informe del atrevimiento. Pero la niña tiene otras cosas en la cabeza: sin siquiera mirarlos, franquea el umbral y se detiene un momento delante del espejo veneciano para comprobar el orden de sus bucles pelirrojos y de su vestido de seda azul; luego, sintiéndose satisfecha, empuja la puerta de brocato y entra en el saloncito en el que su madre acostumbra a pasar las tardes, después del baño.

En contraste con la humedad de los corredores, en la habitación reina una agradable temperatura, mantenida por un brasero de plata que dos esclavas se ocupan de mantener ardiendo. Tendida en un diván, la sultana mira cómo la gran *Kavedji** vierte ceremoniosamente el líquido en una taza colocada sobre una copela incrustada de esmeraldas.

Presa de una oleada de orgullo, la niña se ha inmovilizado y contempla a su madre con su largo caftán. Fuera, en el exterior, la sultana usa la moda europea introducida en Estambul a partir de fines del siglo XIX, pero en sus habitaciones quiere vivir «a la turca»; aquí, nada de corsés, de mangas jamón o faldas ajustadas; ella usa con gusto los trajes tradicionales en los que puede respirar sin trabas y tenderse confortablemente en los mullidos sofás que amueblan los grandes salones del palacio.

—Acercaos, Selma sultana.

En la corte otomana no se permite la familiaridad y los padres se dirigen por sus títulos a sus hijos para que éstos se empapen, desde pequeños, en su dignidad y sus debe-

* *Kavedji*: encargada del servicio de café.

res. Mientras las criadas se inclinan en un gracioso *temenahs*, la profunda reverencia en la que la mano derecha, subiendo desde el suelo hacia el corazón y luego hacia los labios y la frente, reafirma la fidelidad de los sentimientos, de la palabra y del pensamiento, Selma besa rápidamente los perfumados dedos de la princesa y se los lleva a la frente en señal de respeto; luego, demasiado excitada para contenerse más tiempo, exclama:

—Annedjim,* ¡el tío Hamid ha muerto!

Un fulgor ha atravesado los ojos grises verdosos, en el que la niña cree leer el triunfo, pero de inmediato una voz glacial la llama al orden.

—Supongo que querréis decir Su Majestad el sultán Abd al-Hamid. ¡Que Alá lo acoja en el paraíso! Era un gran soberano. ¿Y quién os ha dado tan triste noticia?

¿Triste...? La niña mira estupefacta a su madre... ¿Triste la muerte del cruel tío abuelo que había destronado a su propio hermano, el abuelo de Selma, haciéndolo pasar por loco?

A menudo su nodriza le cuenta la historia de Murad V, un príncipe amable y generoso cuyo advenimiento fue saludado por el pueblo con raptos de alegría pues de él se esperaban grandes reformas. ¡Ay!, Murad V sólo reinó tres meses... Sus frágiles nervios se vieron deteriorados por las intrigas de palacio y los asesinatos que habían acompañado su llegada al poder; había caído en una profunda depresión. El gran especialista de la época, el médico austriaco Liedersdorf, había afirmado que con reposo Su Majestad se repondría en pocas semanas, pero los que lo rodeaban no tuvieron en cuenta su diagnóstico. Destituyeron a Murad y lo encerraron con toda su familia en el palacio de Cheragán.

El sultán Murad vivió durante veintiocho años en cau-

* *Annedjin*: querida y respetada madre.

tividad, constantemente espiado por servidores a sueldo de su hermano, que temía un complot que pudiera repoderarlo en el trono. Tenía treinta y seis años cuando entró en la prisión. Sólo después de muerto salió de ella.

Cada vez que Selma pensaba en su pobre abuelo, sentía que poseía el alma de Charlotte Corday, la heroína cuya historia le había contado su institutriz francesa, mademoiselle Rose. Y ahora el verdugo había muerto, tranquilamente en su cama...

Es imposible que Annedjim sienta pena, ella que vivió veinticinco años prisionera en Cheragán y sólo recuperó la libertad cuando aceptó el horrible marido impuesto por el sultán Hamid.

¿Por qué miente?

Este pensamiento blasfematorio saca bruscamente a Selma de sus elucubraciones. ¿Cómo ha podido imaginar por un momento que esa madre perfecta se rebajara a mentir? La mentira estaba bien para las esclavas que temen ser castigadas, ¡pero una sultana! Desconcertada, finalmente responde:

—Pasaba por el jardín y oí a los *aghas*...*

En ese mismo momento, un eunuco algo gordo, de guantes blancos y vestido con la clásica túnica negra y cuello militar, la *estambulina*, hace su entrada por la puerta. Tras inclinarse hasta el suelo en tres temenahs seguidos, se endereza y, con las manos modestamente cruzadas sobre el vientre, anuncia con voz de falsete:

—Respetadísima sultana...

—Ya lo sé —lo interrumpe la princesa—. Selma sultana

* *Aghas*: eunucos que, llegados a cierta edad, han adquirido respetabilidad. Hasta el final del Imperio (1924), en toda casa principesca e incluso burguesa, los eunucos aseguraban el servicio entre los apartamentos de las mujeres y el mundo exterior.

fue más diligente que tú. Avisa inmediatamente a mis hermanas, la princesa Fehimé y la princesa Fátima, así como a mis sobrinos, los príncipes Nihat y Fuad. Diles que los espero esta misma noche.

Desde la muerte de su hermano, el príncipe Selaheddín, Hatidjé es, a los cuarenta y ocho años, la mayor de los hijos de Murad V. Su inteligencia y su personalidad le han granjeado autoridad dentro de la familia, de la que se ha convertido en jefa incuestionada.

Una personalidad inflexible que nació el terrible día —hace cuarenta y dos años— en que comprendió que las pesadas puertas del palacio de Cheragán se habían cerrado tras ella para siempre, una personalidad forjada lenta y obstinadamente. Ella, a quien apodaban *Yıldırım*, el «Relámpago», pues lo que más le gustaba era correr por el parque de su palacio de Kurbalider o pasearse en caique por el Bósforo con el rostro azotado por el viento, ella, que sólo soñaba con el espacio y el heroísmo, había sido hecha prisionera a los seis años.

Por más que gritó, lloró, se desolló las manos contra las puertas de bronce, éstas habían permanecido cerradas. Entonces cayó gravemente enferma y se temió por su vida. El médico, llamado de urgencia, había tenido que esperar tres días la autorización de Abd al-Hamid para entrar en Cheragán.

El médico le había aplicado sanguijuelas y hecho beber una poción de hierbas amargas. ¿Fueron estos sabios remedios o quizás la plegaria continua de los noventa y nueve atributos de Alá, recitados día y noche con su rosario de ámbar por dos viejas *kalfas*,* lo que la habían salvado? Una semana después, la pequeña cautiva había vuelto en sí. Al abrir los ojos vio inclinado sobre ella el

* *Kalfas*: damas de honor agregadas al servicio de palacio.

dulce y hermoso rostro de su padre. Pero ¿por qué esa tristeza en la mirada? Entonces recordó... ¡No era una pesadilla! Ovillándose en la cama, había vuelto a sollozar.

Entonces, el rostro del sultán Murad se había vuelto severo.

—Hatidjé sultana, ¿creéis que desde hace seis siglos nuestra familia hubiera podido gobernar un imperio de estas dimensiones si nos hubiéramos puesto a gemir ante la menor dificultad? Sois orgullosa. ¡Que eso os sirva de defensa!

Luego, con una sonrisa, como para atenuar el rigor de la reprimenda, había agregado:

—Si mi niña no ríe, ¿quién va a alegrar este palacio? Saldremos de aquí, Yildirim mía, no temas. Entonces, te llevaré a hacer un largo viaje.

—¡Oh!, *baba** —había exclamado extasiada, pues nunca una princesa imperial había salido de Turquía ni siquiera de los alrededores de Estambul—, ¿iremos a París?

El sultán se había echado a reír.

—¿Ya te consideras una mujercita? Pues bien, te lo prometo, flor mía, en cuanto salgamos de aquí, te llevaré a París...

¿Lo creía él mismo? Necesitaba la esperanza para seguir viviendo. ¿Viviendo?

La mirada de la sultana se ensombrece, recuerda... Durante aquellos veinticinco años de cautividad, el sultán Murad vivió su muerte cada día.

La noche comienza a caer cuando dos faetones entran estruendosamente en el patio interior del palacio, el que da al apartamento de las mujeres. De uno de ellos, con labra-

* *Baba*: papá.

dos de oro, baja una graciosa silueta vestida con un *charchaf* de seda malva, la enorme capa que disimula las formas. Del otro sale una persona regordeta, cubierta por un charchaf negro, de los más clásicos. Ambos charchafs se abrazan un momento antes de precipitarse al interior del palacio, precedidos y seguidos por solemnes eunucos.

El palacio, con la mayoría de las residencias de príncipes y princesas, es una antigua mansión de madera labrada, precaución necesaria en una ciudad dominada por los terremotos. Blanco y en medio de un parque rebosante de fuentes, de rosas y cipreses, el palacio domina el Bósforo, a esta hora iluminado por el crepúsculo. Sus balcones, sus escaleras, sus galerías y terrazas, adornadas de festones y arabescos, dan a la casa el aspecto de un encaje.

Al pie de la escalera de doble tramo que conduce a los salones del primer piso, la gran secretaria de la sultana espera a las visitantes. Con un vestido de raso abotonado hasta el cuello, está tocada con la tradicional cofia de muselina —pues incluso en su casa, una mujer honrada no puede estar con la cabeza descubierta—, y sostiene el gran bastón con empuñadura de oro, signo distintivo de su cargo.

Una vez que se ha inclinado delante de las dos sultanas, éstas la levantan besándola; en las grandes casas, las antiguas kalfas están consideradas como miembros de todo derecho de la familia... o casi. Por nada del mundo faltarían al protocolo, ya que son ellas sus más feroces defensoras, aunque, con todo, consideran los miramientos que les prodigan las princesas como un justo tributo a su abnegación.

Mientras las sultanas, ayudadas por dos jóvenes esclavas, se quitan sus incómodos ropajes, la vieja kalfa tiembla de júbilo:

—Alá sea loado, mis leonas están cada día más deslumbrantes.

Con ojos de aprobación, mira minuciosamente a su dulce Fátima, vestida de tafetán color marfil, que realza sus espléndidos ojos negros; y a su chispeante Fehimé, cuya fina cintura emerge de un vestido con cola sembrado de mariposas, procedente de la casa Adler Muller, el mejor modisto de Viena, ya que las maravillas de París no llegan, ay, desde que en agosto de 1914 se tuvo la mala idea de declarar la guerra a Francia.

Las dos hermanas se toman del brazo y suben riendo la escalera. De repente, un pequeño huracán azul se precipita sobre ellas, está a punto de derribarlas y, deteniéndose en seco, cubre sus manos de besos.

—*Djidim*,* ¡me haréis morir! —exclama enternecida Fehimé estrechando a Selma entre sus brazos.

Sin embargo, la kalfa refunfuña escandalizada.

Un muchachito gordo y pálido sigue al huracán. Algo pomposo, se inclina ante sus tías. Es Hairi, el hermano de Selma. Dos años mayor que ella, no por eso deja de ser su esclavo devoto; aunque reprueba sus audacias, no se atreve a replicarle.

En lo alto de la escalera, se ha adelantado Hatidjé sultana. Más alta que sus hermanas, camina deslizándose, sensual y majestuosa. Ella se impone a los más recalcitrantes, y, cuando en la familia se dice «la Sultana» —pese a que las tres son sultanas—, evidentemente es a ella a quien se refieren.

Delante de su hermana mayor, Fátima se ha quedado inmovilizada sin intentar disimular su admiración. Molesta, Fehimé que, según los criterios en boga, es la más bonita, se apresura a romper el encanto.

—¿Qué sucede, mi querida hermana, para qué nos mandáis buscar con tanta prisa? Tuve que renunciar a una

* *Djidim*: querida (empleado con los niños).

fiesta en casa del embajador de Austria-Hungría, que parecía iba a ser muy divertida.

—Sucedec que nuestro tío, el sultán Abd al-Hamid, acaba de morir —dice la sultana con un tono tanto más solemne cuanto todavía no ha decidido qué conducta seguir.

Fehimé enarca las cejas.

—¿Y por qué la muerte de ese... tirano tiene que hacerme renunciar a mi baile?

—¡Bravo, tía! ¡Así se habla!

La voz estentórea les ha hecho sobresaltarse. Detrás de ellas acaba de entrar un hombre corpulento de alrededor de treinta y cinco años, el príncipe Nihat, hijo mayor del difunto príncipe Salaheddín. Viene acompañado por su joven hermano, el príncipe Fuad, muy apuesto con su uniforme de general, que nunca abandona. El «general príncipe» —como le gusta que lo llamen, pues otorga mayor importancia a su título de general ganado en el campo de batalla que al de príncipe—, ha vuelto hace unos meses del frente oriental donde lo hirieron gravemente. Pasa una alegre convalecencia en Estambul, aprovechándose sin rubor de su reputación de héroe para cortejar a las damas.

Tras inclinarse ante las sultanas, los dos hombres las siguen hasta el salón verde en donde jóvenes kalfas han terminado de encender las ciento treinta y siete lámparas de aceite de una araña de cristal.

De puntillas, Hairi y Selma se cuelan tras ellos.

Sonriente, Hatidjé espera que cada cual se instale. Sabe que la partida será difícil de ganar. Eso es lo que le gusta.

—Esta noche he querido reunir al consejo de familia para que decidamos juntos si debemos o no asistir a las ceremonias que tendrán lugar mañana en honor del sultán Abd al-Hamid.

»Según la tradición, los príncipes deben seguir el cortejo fúnebre que cruzará la ciudad. En cuanto a las prince-

sas, deben hacer una visita de pésame a las esposas y a las hijas del difunto. Os pido —su voz se hizo grave—, os pido que no toméis en cuenta vuestros sentimientos personales sino la imagen que daremos al pueblo.

Fehimé es la primera en romper el silencio:

—¡Todo esto parece un drama corneliano!* —exclama—, pero lo que es yo, en todo caso, no iré. Nuestro querido tío nos arruinó veinticinco años de vida, pero no me arruinará ni un día más.

—Por el contrario, ¿no es ésta la oportunidad de perdonar? —aventuró tímidamente Fátima—. El pobre lo expió de sobra, destronado a su vez y mantenido prisionero desde hace diez años. ¿No podríamos finalmente olvidar?

—¡Olvidar!

En su sillón, el príncipe Nihat se ha puesto encarnado y por un momento Selma teme que se ahogue. Con ojos desorbitados mira a su joven tía.

—¿Y la fidelidad qué? ¿La fidelidad al sultán Murad, mi abuelo, calumniado y enterrado vivo? ¿La fidelidad a mi padre, víctima de la neurastenia? Ir a ese entierro sería justificar a nuestro perseguidor. Abstengámonos de ir y testimoniemos así el daño irreparable causado a nuestra familia. Eso es lo que nuestros muertos esperan de nosotros.

—Hermano, os lo ruego, dejemos de hacer hablar a los muertos...

Todas las miradas se vuelven hacia el príncipe Fuad, que saborea su cigarro.

—Como soy el más joven, os pido que me excuséis si parezco daros un consejo. Pero los años pasados en el frente con mis soldados, gentes sencillas de Anatolia, de

* Desde el siglo XVIII, la corte otomana ha estado modelada por la cultura francesa.

Izmir,* del mar Negro, me enseñaron una cosa: pese a nuestros defectos, el pueblo nos venera. No comprendería que estuviéramos desunidos. Que Abd al-Hamid haya reemplazado a Murad y que éste haya sido reemplazado por su hermano Reshat, son para ellos incidentes sin importancia. Lo esencial es que nuestra familia ha formado siempre como un solo bloque alrededor del soberano. En medio de la tormenta de esta guerra, en especial, el pueblo necesita un punto de referencia sólido. Desde hace seis siglos esta referencia es la familia otomana. Es preciso que siga siéndolo o podríamos lamentarlo amargamente...

En aquel momento, aparece un eunuco anunciando la llegada de un mensajero del sultán.

Se trata de un sudanés de espaldas impresionantes y, pese a ser un esclavo, todos se levantan. No por respeto hacia su persona —que a sus ojos no existe— sino para expresar la deferencia a la palabra de la que es portador.

—Su Majestad Imperial, el sultán Reshat, Comendador de los Creyentes, Sombra de Dios sobre la Tierra, Maestro de los dos mares, el Negro y el Blanco, y Emperador de los dos continentes, envía a Sus Altezas Imperiales el siguiente mensaje: con ocasión del fallecimiento de nuestro muy amado hermano, Su Majestad Imperial el sultán Abd al-Hamid II, invitamos a los príncipes y princesas de la casa de Su Majestad Imperial, el sultán Murad V, a unirse a su luto, en los lugares y de la manera previstos por la tradición. ¡Que la paz sea con vosotros y que Alá todopoderoso y benevolente os proteja!

Ellos se inclinan. Que nadie se equivoque: no se trata de una invitación, es una orden.

Apenas parte el mensajero, el príncipe Nihat masculla encogiéndose de hombros:

* Esmirna.

—Pase lo que pase, no iré.

—Nihat —interviene Hatidjé sultana con tono de reproche—, creo que Fuad tiene razón; la situación es grave. Debemos mantener la unidad de la familia por encima de todo.

—¡La unidad de la familia! ¡Ah!, hablemos de ella, querida tía. Una familia que desde hace seis siglos no ha dejado de matarse entre sí por el poder. ¿Cuántos hermanos hizo asesinar nuestro antepasado Murad III, el «vencedor de los persas»? Diecinueve, si no me equivoco. Su padre fue más modesto: sólo mató a cinco.

—Se trataba de una razón de Estado —cortó la sultana—. En todas las familias reinantes han sucedido esos dramas. Simplemente en Europa había menos hermanos... Yo, por si queréis saberlo, ya no le tengo rencor al sultán Abd al-Hamid. En circunstancias difíciles, en las que Francia, Inglaterra y Rusia querían repartirse nuestros territorios, era absolutamente necesario un hombre como él para gobernar. Durante treinta y tres años supo salvaguardar el Imperio de las potencias que querían despedazarlo. Mi padre, demasiado honrado, demasiado sensible, tal vez no habría sabido hacerlo. Y, después de todo, ¿el país no está antes que nuestro bienestar personal?

Fehimé sultana y el príncipe Fuad han intercambiado un guiño divertido. La hermana mayor ha sido siempre una mujer fiel a su deber... Pero ¿quién se preocupa hoy de esos grandes principios? Fehimé quiere ante todo divertirse y lo hace con un frenesí exacerbado por el sentimiento de haber perdido en cautividad sus mejores años. Es tan alegre, tan liviana, que la llaman «la sultana Mariposa», esas mariposas de las que ha hecho su símbolo y con las que adorna todos sus vestidos. Es una artista. Pianista consumada, incluso llega a componer. Pero no hay nada que odie más que los asuntos serios y las responsabilidades.

Su sobrino, el príncipe Fuad, se le parece: tiene la misma

sed de vivir, pero, además, posee un agudo sentido de la realidad. Muy consciente de sus intereses, sabe ceder un poco para obtener mucho. Sale de situaciones difíciles con su encanto. En aquel momento no resiste las ganas de fustigar a Hatidjé sultana.

—Si entiendo bien, *efendimiz*,* no sólo debemos asistir a las ceremonias sino también poner buena cara. ¿Tal vez deberíamos incluso derramar alguna lágrima?

—Contentaos con asistir. Pero recordad esto, Fuad, y vos también, Nihat: si un día accedéis al trono, tomad ejemplo del sultán Abd al-Hamid y no de vuestro abuelo Murad. No se puede tener un hijo y al mismo tiempo conservar la virginidad.

La sultana estalla de risa frente a las caras estupefactas —nunca se acostumbrarán a su lenguaje subido de tono—, y se levanta poniendo fin a la reunión.

2

A la mañana siguiente, apenas despierta, Hatidjé sultana siente ganas de ir al bazar a comprar una cinta. Habitualmente son los mercaderes griegos o armenios los que vienen al palacio a proponer sus baratijas; no es adecuado que una princesa frecuente esos sitios populares, pese a estar protegida de la mirada de los curiosos dentro de su calesa.

Pero hoy no quiere esperar.

Ha mandado a buscar a Zeynel, su eunuco preferido.

* *Efendimiz*: Su Señoría. Tratamiento empleado con los miembros de la familia imperial.